

GONZÁLEZ GARCÍA, JOSÉ M.
La máquina burocrática
(*Afinidades electivas entre Weber y Kafka*)
Madrid, Visor, 1989.

Tras la crisis de las teorías fuertes en ciencias sociales —marxismo, funcionalismo, estructuralismo...— la resaca postmoderna nos ha traído en los últimos tiempos muestras de una renovada actitud reflexiva. Lejos ya el «vértigo de la relatividad» que había angustiado a los intelectuales alemanes de entreguerras, y una vez asimilada la marea «cualitativa» y sus cargas de profundidad epistemológicas, el nuevo relativismo se presenta animado de un espíritu optimista y productivo. Se asume ya el carácter contingente de los discursos y a partir de aquí éstos se multiplican y pierden su adustez metodológica. El descentramiento disciplinar produce así un auge de los discursos narrativos y exploratorios, y ya no la atormentada reflexión circular de antaño. De esta nivelación se sigue pues una cierta «reliteraturización» de las ciencias sociales, movimiento que constituye un parcial reflujó respecto al largo proceso histórico que había conducido a su casi completa «desliteraturización» (Lepénies). El proceso es general, por lo demás: la atracción que hoy ejerce la literatura como forma de conocimiento y como retórica de persuasión desborda las ciencias sociales, alcanzando también a las ciencias humanas y a la filosofía (Greimas, Lyotard, Rorty...). Es por tanto consustancial al relativismo general de la cultura postmoderna.

Una de las vías mayores por las que se accede a esa reliteraturización es la de la reflexividad analítica. Así está sucediendo, por ejemplo, con la puesta en perspectiva sociológica del saber científico-natural, que una vez abordado a mediados de la pasada década en diversas propuestas operativas (el *strong programme* de Bloor o el *empirical programme* de H.M. Collins), se ha deslizado rápidamente por la pendiente relativista hacia otras estrategias más radicales, de cuño constructivista o etnometodológico, hasta desembocar en el análisis del propio discurso científico (el *discourse analysis* de Mulkay), el cual plantea ya directamente la cuestión de la reflexividad y la exploración de nuevas formas literarias para la indagación sociológica. El análisis reflexivo de las ciencias sociales ha seguido por su parte un desarrollo mucho menos articulado y sistemático, pero también transita por los mismos derroteros, yendo de la consideración social y cultural más amplia a la tematización directa del discurso. En tal dirección encontramos, por ejemplo, en antropología, autores como Stocking, Clifford, Marcus o Geertz, y en sociología otros como Ho-

rowitz, Lepenies o Green. Y del mismo modo, tampoco faltan desde esta perspectiva propuestas para explorar nuevos recursos «literarios», como ocurre en el caso del método indiciario, popularizado por el historiador Carlo Ginzburg, o también en el de la epistemología paradójica que defienden Estradé, Cardús y Estruch.

Éste es el marco general en el que viene a inscribirse el libro de José M. González García que aquí vamos a comentar. Pero no resulta fácil, en verdad, encontrar un acomodo preciso en ese esquema, como en cualquier otro, para el trabajo del autor, pues su característica más sobresaliente, que es al mismo tiempo su cualidad más valiosa y su mayor atractivo, es precisamente su multiplicidad teórica y metodológica, su rechazo de cualquier unilateralidad en el tratamiento del tema. Así, el meollo argumental —la relación entre los hermanos Weber y Kafka, a propósito del tema de la burocracia— es presentado como una encrucijada de múltiples resonancias, tanto filosóficas como literarias o sociológicas, y como expresión de una dialéctica más general entre sociología, literatura y sociedad. Y el desarrollo luego de la trama se corresponde también con esta amplitud de planteamiento, ya que nos hace transitar libremente y sin exclusión por las diversas vertientes de esa compleja relación triangular, abordando sucesivamente sus aspectos cognoscitivos —la dimensión testimonial y analítica de las diferentes obras—, su valor artístico-literario y su peripecia histórica. Es esta indisciplina teórica, en definitiva, además de la temática, lo que garantiza al trabajo su entronque con el discurso contemporáneo de las ciencias sociales anteriormente evocado. Y es esa virtualidad también, en unión de la indudable originalidad del tema, y la riqueza y novedad de los datos aportados, lo que, junto a un estilo ágil y claro, y a una insólita ambición estético-formal, provoca la seducción del lector.

El trabajo comienza por situar, sobre el horizonte de la vieja disputa entre las ciencias del espíritu y las ciencias de la naturaleza, la presencia de un tercer elemento intermedio —las ciencias sociales—, ya plenamente autónomo en nuestros días. Este tercer elemento, normativamente identificado por Habermas con su concepto de ciencias crítico-reconstructivas, ha sido magistralmente descrito por Lepenies en su conflictivo devenir histórico, que ese autor caracteriza por la doble concurrencia frente a la literatura y frente a las otras ciencias. Y será de esa idea de la sociología como fruto de la transacción entre ciencias y letras de donde partirá González García para, invirtiendo por así decir el enfoque de Lepenies, rastrear a propósito del caso de Weber y Kafka, «los paralelismos, puntos de contacto, afinidades electivas y posibles influencias», entre dos de los términos en litigio —la sociología y la literatura.

El primer objetivo será explotar al máximo el concepto de «afinidades electivas», del cual el autor nos recuerda oportunamente su triple filiación, científica, literaria y sociológica, para desde ese planteamiento desarrollar una

meta-consideración sobre las relaciones entre la sociología —representada por la obra de Weber— y la literatura. Se explorarán así tres «formas» del concepto: los «descubrimientos independientes», que el autor ejemplifica con el afín tratamiento que reciben las relaciones entre ética protestante y desarrollo del capitalismo en los casos de *La ética protestante* de Weber y de *Los Buddenbrook* de Thomas Mann; la «influencia de la sociología en la literatura», identificada por una parte en toda una serie de motivos weberianos que aparecen en la obra posterior de Mann, pero sobre todo en la subterránea relación entre los planteamientos sobre la burocracia que hacen Weber y Kafka (tema éste que reaparecerá como *leitmotiv* a lo largo de todo el trabajo); y por último, la «influencia de la literatura en la sociología», que aparece con nitidez en el caso de la obra de Goethe respecto a la de Weber. A continuación, una vez agotada esta consideración, el autor proseguirá su indagación ilustrándonos doctamente sobre los múltiples «paralelismos» que afectan a los principales protagonistas de la trama, Weber y Kafka. Salen así a relucir significativas coincidencias temáticas y formales, así como biográficas, que seguidamente van a ser interpretadas en función de su común referencia a una realidad social similar.

En efecto, sociología y literatura, Weber y Kafka, son para el autor paralelos «reflejos» del «espíritu del tiempo», respuestas en registros diferentes a su común circunstancia vital: la era y la cultura de la burocracia. La presentación de este tercer elemento ocupará consiguientemente una parte importante del trabajo. Y van a ser precisamente materiales sociológicos y literarios de la época, y especialmente de los autores protagonistas, los que en un contrapunto constante sirvan para la propia exposición del tema, logrando así, mediante este ardid retórico, registrar al mismo tiempo el «reflejo» de esas realidades en los diferentes discursos. Se examinará de ese modo, en primer lugar, la peculiar idiosincracia del imperio austro-húngaro, aguda y despiadadamente retratado en la famosa obra de Musil, *El hombre sin atributos*. Y a partir de ahí se mostrará detenidamente el paralelo proceso de burocratización que tiene lugar alrededor del cambio de siglo en Alemania y en Austria-Hungría, haciendo de la *Mitteleuropa* de la época el paradigma de la sociedad burocratizada. La nueva organización del trabajo, el desarrollo de la legislación social, el creciente intervencionismo estatal en la economía y la aparición de los partidos de masas, serán las dimensiones analizadas.

Los demás capítulos volverán a centrarse sobre la obra de los dos protagonistas, trazando el uno un paralelismo entre sus particulares técnicas «creativas» —la construcción de «tipos ideales» y la de personajes anónimos—, y explorando el otro las sorprendentes coincidencias, biográficas incluso, entre sus respectivas críticas a la burocracia. Trata de demostrar así, González García, que «a pesar de las diferencias —vinculadas fundamentalmente a la dis-

tinta finalidad de sus escritos—, es posible observar una «afinidad electiva» entre los tipos ideales de Weber y la técnica literaria de Kafka. En ambos casos se trata —subraya el autor— de elaboraciones de la fantasía, hechas a partir de la realidad social y que sirven para explicarla en registros diferentes» (pág. 136). El tema de la burocracia viene a servir pues aquí para acreditar la similaridad de las modelizaciones respectivas, primero respecto al tipo ideal de burocracia y luego respecto al prototipo de funcionario. Y el examen posterior de la crítica a la «máquina burocrática» trata de hacer «palpar» esa común vinculación a una realidad reprobada, llevando la hipótesis de las «afinidades electivas» como fruto del reflejo de una realidad similar al terreno límite de la «real» conexión vital, en la que en este caso se encontrarían entrelazados el artículo de Alfred Weber «El funcionario» y el relato de Kafka *En la colonia penitenciaria*.

La trama de *La máquina burocrática* es, como puede verse, extremadamente rica en cuanto a los registros que toca, y su bien trabada estructura argumental, su concisión impecable y su cuidado estilo la convierten en modelo de ensayo sociológico. Precisos y valiosos son sus análisis sobre el tema de la burocracia en Weber, que nos ilustran sobre las facetas más críticas y menos divulgadas de su obra. Igualmente iluminador resulta su retrato del proceso de burocratización centroeuropeo. Y sin duda son reveladoras en su conjunto las conexiones entre la obra de Weber y la de Kafka que salen a relucir a lo largo de todo el libro. Todo ello hace de *La máquina burocrática* una obra altamente atractiva y recomendable, plena de sugerencias. Pero permítaseme para concluir expresar también algunas reservas respecto a sus pretensiones teóricas y a su estatuto epistemológico.

Empecemos por considerar las relaciones entre literatura y sociología, tal como el autor las plantea. El concepto clave aquí es evidentemente el de «afinidad electiva», que el autor recupera explícitamente de Weber, en cuya obra desempeña como es sabido un importante papel. A menudo se ha señalado la extrema complejidad de esta idea, pues en la misma obra de Weber aparece implicada en contextos y en usos muy diversos. González García es consciente de dicha ambigüedad, pero en lugar de abordar la elucidación del concepto antes de pasar a utilizarlo por su propia cuenta, opta por extender su uso aún más indiscriminadamente. Nada hay de intrínsecamente malo en ello, desde luego, pero puede comprenderse fácilmente la pérdida de capacidad analítica que esto ocasiona. En concreto, y sin entrar aquí a argumentar a favor de una interpretación más estricta dentro de la obra de Weber que resultase acorde con su concepción individualista de la acción, cabe cuando menos señalar el hecho indudable de que es el uso específico del concepto para relacionar contextos de acción o procesos de racionalización virtualmente autónomos el que le aporta su crucial valor heurístico, el que le hace aparecer como alternativa

a una explicación exclusivamente materialista de la acción y de la sociedad. Y a partir de aquí, cabe preguntarse entonces si la interpretación triangular que propone González García —afinidad electiva entre el «discurso» literario y el «discurso» sociológico, por su común «reflejo» de una misma realidad— no degrada ese valor heurístico hasta invertir incluso su sentido.

La deriva incontrolada del concepto de afinidad electiva concuerda por lo demás con una general despreocupación por lo que respecta a las cuestiones epistemológicas que subyacen al planteamiento, de forma que, por ejemplo, a la hora de enunciar las valencias del trabajo se mantienen las fronteras disciplinares, hablando de un «interés filosófico», otro «sociológico» y otro «literario», mientras que se pasan por alto inopinadamente al considerar equivalentes los discursos literario y sociológico, tan sólo separados para el autor en términos de finalidades (expresiva *versus* cognoscitiva). Y es que la propia cuestión nodal de las relaciones entre sociología, literatura y sociedad es planteada por el autor en términos de interés filosófico, no sociológico (cfr. pág. 14), con lo que la pragmática social en la que estos discursos se inscriben y dentro de la cual se individualizan y se relacionan resulta olvidada.

En este sentido, desde el punto de vista de la sociología de la cultura, cabe decir que todo el trabajo desprende un rancio aroma premoderno. Por una parte, en cuanto que la relación entre producción simbólica y sociedad está formulada a partir de la idea de totalidad («espíritu del tiempo» que se refleja en las obras...), haciendo caso omiso por tanto de las mediaciones en que esa relación se constituye. De este modo, se alinea con la sociología del arte de corte humanista, previa al reorientamiento empírico que tuvo lugar a la altura de los años sesenta, haciéndose acreedor de las críticas que entonces propiciaron tal viraje (vulgar materialismo implicado en la noción de reflejo, vaguedad metafísica y arbitrariedad en la de espíritu del tiempo, arbitrariedad también en la definición a priori del corpus de obras a considerar...). Y en fin, por otro lado, también el «relativo relativismo» del planteamiento, que decíamos lo inscribe en la boga postmoderna de la reliteraturización del discurso, aparece en realidad más como un antipositivismo especulativo, de cuño romántico, que como el relativismo sociologizante actualmente en alza, ya que se trata en este caso de una relativización inversa a la contemporánea (mientras que en *La máquina burocrática* se mantiene la autonomía epistemológica para relativizar la distancia efectiva entre los diferentes discursos, la moderna sociología del conocimiento parte de la distancia empírica entre las prácticas discursivas, interpretada sociológicamente para, desde ahí, relativizar su autonomía epistemológica).

Graves son los reparos que se hacen, puede pensarse; pero, ¿empañan acaso las virtudes que antes hemos señalado? Nada de eso. En absoluto. *La máquina burocrática* constituye sin duda un trabajo excelente en su género y re-

sulta impecable en su sustancia. No estriba pues el problema en «lo que hace» sino más bien en «lo que dice que hace». Pero esta cuestión, en definitiva, es apenas achacable al autor en particular y corresponde más bien, si se me permite la ironía, al espíritu del tiempo en que vive anclada la sociología española, falta aún en nuestros días, lamentablemente, de una dimensión de investigación sistemática sobre las artes y la cultura.

ARTURO RODRÍGUEZ MORATÓ